

Calificación ética de Olavide

Por Luis MAPELLI LOPEZ

El señor Palacio Atard en su libro "Los Españoles de la Ilustración", a propósito de un comentario sobre la obra de Defourneaux "Don Pablo de Olavide au l'Afrancesado", ha escrito en relación a éste las siguientes líneas:

"Olavide, personaje con más fama que obra, ha encontrado por fin en Defourneaux, el biógrafo, que merecía no tanto por sus particulares hazañas (desafortunadas casi todas y poco honorables algunas), ni por su talento natural, con ser éste extraordinario, sino por el hecho de que al hilo de su vida devana todo el siglo XVIII con sus problemas, sus sueños, sus pasiones, sus logros y fracasos. Si atendemos a su conducta encontramos en él al "aventurero"; en un siglo de aventureros, de Cagliostros o de Casanovas no desentona; magistrado inmoral, falsario e impostor, traficante en negocios ilícitos, embustero, suplantador, delincuente contumaz, derrochador, viajero por América y Europa, usa títulos nobiliarios inexistentes, conoce la opulencia, el poder y también la cárcel, la persecución y el exilio".

Las anteriores expresiones no comportan, simplemente, un juicio adverso, sino que se emplean en ellas términos y conceptos de violencia poco aptos para un análisis, que como todo histórico debe ser desapasionado. No es un mero voto negativo para el enjuiciado, es verter sobre él imputaciones calumniosas y de injuria, lo que a todo Ministerio fiscal está vedado.

Por comienzo se subestima "la obra" de Olavide al afirmar que fué más su fama que su obra.

Dejando la privada en la que cuentan sus ensayos de autor teatral, sus poemas, sus traducciones, sus tertulias literarias madrileñas, toda una vida en constante actividad hasta su final en que aún intentó componer un tratado de grafía universal; en lo público obtuvo lo siguiente y ocupó

los siguientes cargos: A los diez y siete años era Doctor en Teología y en Derecho Civil y Canónico y profesor de Teología en la Universidad de San Marcos. A los 20 era Oidor de la Audiencia de Lima. Posteriormente Auditor de Guerra del Virreinato.

Fué allí encargado de la administración y depósito de los bienes afectados por un devastador terremoto acaecido en el año 1746, ganando fama de íntegro y honrado en la administración de estos bienes de los que devolvió cuantos pudieron acreditarse tener dueño.

Fué Síndico Personero de la Villa de Madrid.

Director del Hospicio de Mendigos de San Fernando.

Asistente en la Universidad de Sevilla, respecto a la que formuló un plan de reformas de lo más radicalmente revolucionario.

Intendente de los cuatro reinos de Andalucía.

Por fin, Superintendente de las nuevas poblaciones de Andalucía, cargo por el que hubo de manejar incalculable fortuna, gobernar gran cantidad de hombres, dirigir gran cantidad de técnicos y organizar un sin fin de quehaceres llevados todos de la manera más personal y directa, viviendo en ellas, por supuesto, y ocupándose personalmente de los más mínimos detalles como por ejemplo la limpieza y aseo personal de los habitantes.

No puede decirse por lo tanto que la obra de Olavide fuera escasa.

Lo que sí es cierto es que sobre sus hombros cayó una tarea de titanes (y ahora me refiero exclusivamente a la Colonización de Sierra Morena) que como toda obra grande, por el hecho de serlo, había de afectar positiva o negativamente a muchos intereses, que como toda obra grande había de acarrear la envidia de los ruines que soportan mal el engrandecimiento del prójimo sin apreciar que ello es el fruto del esfuerzo, del sacrificio y de la propia valía, que como toda obra grande, por el hecho de serlo, corre el peligro de degenerar en un gran error, que si es cierto que sólo los grandes hombres pueden cometer grandes errores parejamente lo es que sólo lo de dilatadas proporciones puede estar incidido por numerosas acciones mejorables.

Es seguro que nada de esto lleva al señor Palacios Atard a su severo enjuiciamiento al que oponemos:

- a) Lo que se desprende de documentos irrefutables de la época y,
- b) La opinión general de los biógrafos.

Veamos aparte cada uno de estos puntos.

No es inoportuno para empezar dejar constancia que el trabajo que Olavide y su equipo prestaron a la Administración pública y que desempe-

ñó ocupándose de todo y absorbido por todo se hacía de manera desinteresada.

Nada menos que del Ministro Campomanes son estas palabras: "Más respeto al Rey y aún al gobierno manifestarían contribuyendo sin declaración con sus luces y advirtiéndolo por menor en que consisten los pretendidos inconvenientes. Gijón, Longoria, Folres, Quintanilla y cuantos trabajan bajo la mano de Olavide todos trabajan por obsequio a su Rey y por amor al bien público" por lo que es de justicia "librarles de la envidia que siempre se concilian los que sirven al Rey sin sueldo ni emolumentos cuales los referidos".

Sobre la marcha de la obra colonizadora se recibió en Madrid determinada queja con intención de denuncia. Ello dió lugar a un expediente en el que intervino un visitador que pasó tres meses en el terreno, interesándose informe reservado al Obispo de Jaén y también privada y separadamente el irlandés D. Ricardo Vall y al Fiscal del Consejo de la Real Hacienda. El visitador, no muy favorable a Olavide echó la culpa no sobre él sino sobre los colonos. El Fiscal del Consejo de la Real Hacienda estimó que la Empresa estaba regida por hombres activos, trabajadores celosos y puros, añadiendo que difícilmente otros hubieran podido hacer más en tan poco tiempo.

El resultado de la Inspección fué la rehabilitación de Olavide por Real Orden de 18 de Agosto de 1769 en la que se dice: "Elogiando su actividad, trabajo y empeño sobre la cual no se había mudado la opinión contra su persona y conducta, no ostante las quejas ocurridas".

Sin embargo no nos interesa tanto el fallo sino la forma en que ante quien podía y debía juzgar se presentó el inculpado. No hurtó su persona ni sus hechos. Muy por el contrario pidió ser juzgado y solicitó el debido esclarecimiento en estos patéticos términos: "Si se hallare que hemos malversado, seremos dignos del mayor castigo; si se viese que hemos malogrado la empresa por omisión o por descuido, seremos acreedores del desprecio y, si se encontrasen malas nuestras providencias por falta de talento, mereceremos el olvido que se nos trate como inhábiles; pero si acaso resultare que las inventivas de Yuach son calumniosas; que es falso lo que ha expuesto, que las poblaciones se hallan adelantadas, etc., será justo que se le corrija y escarmiente a otros para que no inculpen a los buenos servidores del Rey y no turben su corazón y el de sus ministros por ligereza o por malicia".

No empaña el honor de Olavide ninguno de los dos procesos que sufrió.

El primero porque su motivo no fue la imputación de un peculado,

sino el que de los muchos bienes que administraba como consecuencia de los estragos de un terremoto en Lima, desvió los que a entender del denunciante debía emplear en una capilla hacia la construcción de un teatro. "Su inocencia quedó evidente y su conducta irreprochable a los ojos de toda persona sensata", afirma Defaurneaux.

Igualmente nada de la segunda condena que sufrió por el Tribunal de la Inquisición, porque las motivaciones de ella fueron religiosas y algunas tan tristemente ridículas como que cruzaba las piernas durante la misa o recomendaba a una sobrina en trance de morir que se complaciera oyendo los suaves acordes de un violín.

Cierto que, con mañas, supo burlar la vigilancia en la cárcel a que la Inquisición le sometió, mas ello, más que deshonor lo tengo por prueba de ingenio y arrogancia.

Veamos ahora la opinión unánimemente favorable que mereciera nuestro hombre. Cierto, que si el criterio de algún opinante pudiera ser parcial, pudiera estar viciado por la simpatía hacia el personaje o hacia su época u obra, el conjunto de todas tiene a nuestro ver el valor de un veredicto, por que he de decir que, de mis citas, no he quitado malintencionadamente ningún preopinante adverso, sino que cito cuanto a mis manos o conocimientos ha podido llegar en esta precipitada comunicación.

"Sería de desear que hubiera en España 40 hombres como Vos", fue la calificación de Voltaire. Gijón, el compañero de Empresas de Olavide, que tanto contacto personal y económico tuviera con él le juzgó siempre en el sentido más favorable y, Miranda, el que había de ser pionero del levantamiento de las Américas contra España y que realizó aquí un detenido viaje, escribió: "El señor Olavide, hombre extraordinario y de vastas ideas, ha desmontado todo el país héchole cultivar formando caminos, poblaciones, etc., convirtiendo aquéllo por medio de este gran patriota en el sitio más cómodo y agradable de toda la ruta de Madrid a Cádiz".

Por su parte Jovellanos, que siempre hizo galas de la amistad con Olavide, cuya amistad a decir de Marañón sería bastante para purificar a cualquier hombre, dejó en su honor escritos los siguientes versos:

Mil pueblos que del seno enmarañados

De los Marianos montes, patria un tiempo

De fieras alimañas, de repente

Nacieron cultivados, do a despecho

De la ravisosa envidia, la esperanza

De mil generaciones se alimenta.

“Olavide fué un bienechor de los humanos”, sentenció Lantier en su obra “Viaje a España de Saint Gervais”.

El Príncipe de la Paz, en sus Memorias, Capítulo 41, dice así:

“Todos saben en España cual fué la triste suerte que le cupo a Don Pablo de Olavide, procesado y condenado por el Santo Oficio en Noviembre de 1778 sin que el Rey Carlos III, su Ministro Moñino, ni los grandes amigos de aquel hombre ilustre se atreviesen a salvar aquella víctima que lo fué más del odio de un partido que de sus propios yerros”.

“Yo rogué por él cuando a mi parecer fué tiempo, yo le abrí el corazón del piadoso Carlos IV y el dolorido anciano volvió a España, vió la Corte sin sobresalto, recibió una pensión correspondiente a su carrera y de su propia elección se fue a gozarla y a acabar sus días en paz en Baeza, no distante mucho trecho del mejor teatro de su vida en las Colonias que él había organizado”.

Menéndez Pelayo, nada benevolente por cierto con los que juzgaba religiosamente desviados, lo describe en su Historia de los Heterodoxos con las siguientes palabras:

“Gallardo de aspecto, cortés, elegante y atildado en sus modales, ligero y brillante en la conversación, agradable, insinuante, culto a la francesa con aficiones filosóficas y artísticas, ostentoso y espléndido, cautivó, arrebató, despertó admiración, simpatías y envidias”.

Para él fué no más que una cabeza ligera, un “enfant terrible” menos perverso de índole que largo de lengua.

Joaquín Costa en su obra “Colectivismo agrario” lo califica de la siguiente manera:

“Fué Olavide varón de relevantes prendas... íntimo de Aranda... que le confió la Superintendencia de las Colonias o poblaciones nuevas de Sierra Morena, debidas principalmente a sus talentos de organizador y a su probidad”.

Marañón en su obra “Vida y andanzas de Don Pablo de Olavide” califica en estos términos:

“Jovellanos también perseguido por las izquierdas y por las derechas fue un amigo apasionado de Olavide. Y esto nos debe bastar a todos los hombres de hoy para tener la seguridad de que cuantas acusaciones populares u oficiales se le hicieran, y desde luego las inquisitoriales son completamente falsas de toda falsedad”.

“Fue Olavide un hombre bueno; murió pulcramente y sin duda goza de la eterna paz”.

En la tierra ibérica dejó una obra permanente, ejemplar, que contribuyó y contribuye al bienestar de los españoles”.

“Pudo haber errores como en toda obra humana. Pero todo ello se borra ante la rapidez pasmosa nunca vista en nuestro país, con que la gran Empresa se puso en marcha. Pocas veces se siente una admiración tan grande ante la obra de un solo hombre”.

Ferrer del Río en su “Historia del Reinado de Carlos III” escribe lo siguiente: “Su nombre había empezado a sonar con aplausos veinte años antes, siendo todavía mozo y ya Ministro togado en Lima, su Patria, pues el horrible terremoto allí sufrido en 1746 proporcionó coyuntura de acreditar su espíritu sereno, sus sentimientos generosos y su inteligencia privilegiada. Nadie le aventajó en arrostrar peligros, prodigar socorros y salir a las dificultades por lo cual, pasado el conflicto, se le designó a gusto de todos para depositario de los caudales que se extrajeran de las ruinas. Después de haber devuelto muchas cantidades a los que la reclamaron fundadamente como suyas, quedóle un remanente de cuantía que gastó en edificar un templo y un teatro. Por esto y por quejas sobre la restitución de caudales le dirigieron sus paisanos diferentes acusaciones, que tuvieron eco en la metrópoli española, a donde vino Olavide llamado por el Gobierno, quien, privándole de la toga, le obligó al pago de varias sumas y le señaló por cárcel su casa. Los sinsabores y la falta de ejercicio influyeron sobre su salud en términos que los jueces no dificultaron permitirle que se trasladara a Leganés con objeto de tomar aire. ¿Cómo había de imaginar que allí le aguardara la fortuna? Por lo más lozano de la juventud corrían a la sazón sus años: a la gallardía de su apostura daba realce la distinción de sus modales; su capacidad e instrucción distaban infinito de las comunes; y en el trato de gentes superaba a todos por la amena facundia. Prendada de estas dotes Doña Isabel de los Ríos, viuda opulenta, recibíole por su tercer esposo; y así Olavide salió de apuros, fijó en Madrid su residencia, hizo viaje a Francia, y atrajo a su casa a cuantos seguían la moda.

Sin duda era más despreocupado de lo que permitía el fanatismo, siempre en acecho; y aunque nada dijera ni obrara que le hiciera desmerecer del glorioso título de cristiano, pertenecía al número de los que por aquellas calendas miraban a Rousseau y Voltaire como patriarcas de la civilización y antorchas del siglo”.

“Muchas fueron (dice Guichot en su historia general de Andalucía copiando a La Fuente) las vicisitudes por que pasó (Olavide) este hombre célebre, pero en sus satisfacciones como en sus amarguras, que fueron más, tuvo el consuelo de saber que Carlos III llevaba adelante la grande obra de la Colonización de Sierra Morena y La Parrilla en que había tenido una parte tan principal. Andalucía debe pues conservar los más gratos

recuerdos del ilustre Olavide, por el grande impulso que supo dar a su agricultura, industria y población”.

“Su vida tiene, afirma Cayetano Alcázar en su obra “Don Pablo de Olavide —el colonizador de Sierra Morena” como toda la historia algo de ejemplar que hemos de procurarnos subrayar, por deber de españoles especialmente en sus contrastes y apreciaciones sobre instituciones y procedimientos de otros países.

Acaso por eso discrepemos un poco de la corriente general, que al historiador todo lo referente al gobierno y a los hombres de Carlos III, lo colman de aplausos y no admiten un sólo epíteto que no sea de incondicional elogio”.

“Pero ya hoy con la abundante documentación historiográfica que poseemos sobre tal reinado, sería parcialidad imperdonable seguir tan peligrosa senda.

La ejemplar rectificación de su vida y el establecimiento de las Colonias de Sierra Morena, donde toda su energía y buena voluntad fue puesta al servicio de España merecen destacarse en el mosaico complejo que constituye la existencia del insigne aventurero y político”.

Al aludir a los personajes que trata en su obra añade: “El hacernos sentir las vidas que fueron cuando en su pensamiento fué en muchos momentos vivir por España y quererla y ayudarla a resolver sus problemas, siempre deja en todo espíritu el reposo de haber cumplido un deber y de haber vivido nuevas rutas”.

Pío Zabala en “España bajo los Borbones” Madrid 1936, dice “Floridablanca, Aranda, Campomanes, Jovellanos, Roda, Olavide y Saavedra en el reinado de Carlos III constituyen la más autorizada representación de aquella pléyade de ilustres varones que enderezó sus esfuerzos a la restauración de la vida nacional en todos los aspectos”.

No podrá nunca tratarse de Olavide sin tomar en consideración la exhaustiva biografía de Defourneaux, de quien son estos párrafos:

“Vemos en “El Triunfo del Evangelio” el testamento de un filósofo no enteramente desengañado y en el que la evidente sinceridad de su conversión, no borra la impronta de toda su formación intelectual anterior. Se vuelve a hallar su confianza en la virtud de las ideas y su optimismo que resistió a tantos embates y a tantas pruebas. Pablo de Olavide ha permanecido fiel asimismo a través de las tribulaciones de una vida desbordada y a pesar de los embates de la desgracia; al atardecer de su vida ofrece a su país los remedios y las recetas que había propuesto y ensayado para realizar el sueño que abrigaba su corazón: aplicar “las luces del siglo” a hacer feliz a su patria.

Su muerte era digna de su vida: la acoge no con resignación sino con alegría en el momento de mostrarse ante el Juez Soberano; dejando a los que habían sido los compañeros y los testigos de la última parte de su vida el ejemplo y la enseñanza de sus extraordinarias virtudes”.

En “La Sevilla de Olavide” Francisco Aguilar Piñal, se expresa así: “Pablo de Olavide fue un hombre de su siglo; enamorado de la razón, del progreso, de la alegría de vivir. Su entusiasmo, su ingenuidad y su optimismo se unieron a un sincero amor a España para intentar una reforma a fondo de su estructura. Y Sevilla tuvo la fortuna de ser la elegida para llevar a cabo este generoso intento. Al fin, fracasó; pero el fracaso de Olavide fué el fracaso de la ilustración española. La Sevilla de Olavide queda así como el ejemplo más palpitante de la tensión ideológica que precede a la guerra de la Independencia y que va a engendrar la posterior división de España”.

Por fin Jorge Rubio en su reciente Obra “Historia de una Ciudad” La Carolina 1767-1967 aún omitiendo todo juicio sobre Olavide trata de él entre los hombres que hacen La Carolina (Carlos III, Conde de Aranda, Olavide y Múzquiz), dejando para el apartado que se refiere a Los Aventureros, a Gaspar Thurriegel, a José Antonio Yauch y a Jacobo Casanova.

Hasta aquí las calificaciones que quienes le conocieron e hicieron después historia dejaron consignada.

A nuestro ver los méritos de un hombre se miden en relación a lo que hizo tendente al bien de los demás con el pago que de los demás hubiera recibido.

A Olavide el saldo en vida le fue evidentemente acreedor: trabajó por el bien de su patria y recibió en cambio el más reprochable de los pagos viéndose sometido a un repugnante proceso inquisitorial.

No contribuyen precisamente a saldar este estado de cosas juicios de la crudeza del que comentamos.

En cualquier caso siempre pudieron tenerse en cuenta los consejos de Charles Muller, a propósito de Huxley y Weil. “Yo atacó su obra no su persona. La caridad me impide hacer otra cosa, pues pienso, como el Cardenal Mercier, que cada uno será juzgado según su sinceridad”.